

## FICHA 2

### *La Institución de la Eucaristía*

*San Mateo 26, 26-30*



#### 1. Leamos la Palabra de Dios

##### • 1.1. *Proclamamos la Palabra*

Con voz clara y fuerte se proclama **san Mateo 26,26-30**, el relato de la institución de la Eucaristía. Para la lectura del pasaje se puede proceder: 1) Un solo lector lee todo; 2) cada uno de los presentes lee un versículo; 3) un primer lector lee Mt 26,26 y un segundo lector lee Mt 26,27-30.

Es fundamental una lectura pausada, detenida, atenta del pasaje bíblico. Cada persona lo vuelve a leer detenidamente, escuchando a Dios que habla, y lo marca con:



- a. El signo de interrogación (?) cuando no se entiende alguna palabra, frase o acontecimiento, y
- b. lo subraya (     ) cuando estime que esa palabra o frase encierra el tema central.

Antes de poner en común los signos, compartamos la vida para prepararnos a entender el mensaje de Jesús.

- **1.2. Compartamos la vida**

1. **¿Qué** significa para nosotros la palabra “alianza”? Pensemos, por ejemplo, en la “alianza matrimonial” o en la “alianza entre pueblos”.
2. **Cuando** celebramos cenas especiales en la familia, ¿qué buscamos al darle realce a esa comida?, ¿qué sentimientos son los preponderantes?
3. **Cuando** cada año se celebra con una comida el cumpleaños de alguien o la promoción de un curso del colegio, ¿qué cosa se pretende?, ¿implica algún compromiso?, ¿cuál?

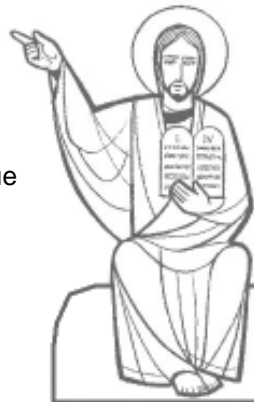
- **1.3. Escuchamos a Dios**

**A. COMPARTIENDO LOS SIGNOS...**

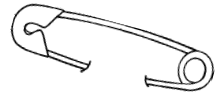
Ahora es el momento de poner en común los dos primeros signos:

- a. el de interrogación, es decir, lo que no entendí, y
- b. el subrayado, es decir, aquello que me parece el tema central.

Unos a otros nos ayudamos a explicar lo que algún hermano no comprende y juntos definimos cuál es el tema central de *san Mateo 26,26-30*. No siempre lo que aparece a primera vista es el tema central del texto. Podemos ayudarnos con las notas y el vocabulario de las diversas versiones de la Biblia.



## B. COMPARTIENDO EL MENSAJE...



**a. Mt 26,26.** San Mateo sitúa la institución de la Eucaristía en lo que en ese momento celebraban los judíos: su fiesta pascual. Nos dice: “Durante *la cena*, Jesús tomó pan...”. No se trata de cualquier cena, sino de la *cena pascual de los judíos*, la fiesta religiosa más importante para ellos (ver Mt 26,17-19).

Con dicha cena, los judíos celebraban la liberación de Egipto, obra de la misericordia y del poder de Dios. Tenía, pues un hondo significado religioso. La celebraban preparando un cordero de un año, sin mancha ni defecto, cordero que - los que estaban en Jerusalén- debían presentar en el Templo para que el sacerdote lo bendijera y luego, en sus casas, lo mataban sin quebrarle ningún hueso. Lo comían de pie, con salsas preparadas para la ocasión y lo acompañaban con verduras amargas. Rezaban algunos salmos y hacían repetir a los pequeños de la casa el motivo de la celebración. Así conmemoraban la liberación de Egipto que los hizo pueblo de Dios, destacándose la sangre del cordero con la que rociaron el marco de la puerta de sus casas que los libró de la plaga exterminadora con que Dios castigó a los egipcios (Ex 12,1-14). El elegido de Dios es el pueblo de Abraham y a favor de ellos Dios actúa para sacarlos de la esclavitud y conducirlos a la tierra que les dará en herencia.



**b. Mt 26,26.** En el contexto de la cena pascual judía, Jesús transforma el pan y el vino en un nuevo y original alimento: *su Carne* o *su Cuerpo* y *su Sangre*. Cuando Jesús muera en cruz y resucite, ya no se necesitarán los corderos pascuales judíos, pues él es el nuevo y definitivo Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (Jn 1,29). Por eso,



cuando los judíos preparaban sus corderos pascuales para la fiesta y Jesús se entregaba al sacrificio de la cruz por nosotros, a este nuevo Cordero -como a los otros- no le quebraron ningún hueso (Jn 19,32-37).



Cuando Jesús bendice el pan y el vino y lo entrega a sus discípulos como su Cuerpo y su Sangre está indicando el sentido profundo de su vida y de su muerte. Su cuerpo siempre ha sido “cuerpo donado” para anunciar el Reino de su Padre, para sanar a los enfermos y expulsar a los espíritus impuros, para perdonar los pecados y llevar paz y consuelo... Su sangre será la “sangre derramada” en el madero de la cruz que sella la nueva alianza prometida por Dios mediante los profetas (Jer 31,31-34). El sacrificio de Jesús en la cruz y la Eucaristía que lo rememora con los signos

sacramentales de pan y vino revelan la finalidad de su entrega: el Cordero pascual cristiano nos purifica de todo pecado y nos recrea como hijos de Dios y hermanos unos de otros.

Cada discípulo del Señor y cada comunidad que celebra la Eucaristía se nutre de la misma fuerza salvadora que el Cordero nos regaló en la cruz. La Eucaristía es la cena pascual con el Cordero de la nueva alianza que quita los pecados del mundo.

**C. Mt 26,27-29.** La novedad de la última cena de Jesús es que transforma el pan y el vino dispuestos para la cena pascual judía en *su Carne* y en *su Sangre*. Así nos revela que está sustituyendo la antigua alianza por una nueva, y los antiguos corderos pascuales por uno perfecto y definitivo: él mismo. Si el cordero pascual judío recordaba una liberación, la de Egipto, ahora el nuevo Cordero no sólo recuerda, sino que también hace realmente presente para la Iglesia la liberación de todo



pecado, de toda maldad y de toda idolatría. El Cordero de Dios con su entrega ha purificado nuestra conciencia de pecado, lo que no podían hacer los rituales de la pascua judía. Quedan superados, por tanto, los ritos como el ofrecimiento de los corderos pascuales en el templo de Jerusalén, porque Jesús ahora es el Cordero inmolado (Heb 9,11-14) capaz de hacer radicalmente nueva la historia, la nuestra y la de todos, porque con su sangre nos purificó y nos compró para Dios (Ap 5,6-10).

Jesús es el mediador de la nueva alianza que ha borrado nuestras rebeldías e idolatrías, y nos ha hecho capaces de vivir en comunión permanente con Dios. ¡Esta es la nueva alianza! Sus palabras, que explican estos gestos, no dejan dudas: “Esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre, la *sangre de la alianza* que se derrama por todos para el perdón de los pecados” (Mt 26,26.28; ver Heb 9,15).

**d. Mt,26,30.** Cuando Jesús con los suyos terminan de cantar los himnos establecidos para la fiesta pascual judía se van al monte de los Olivos. Los himnos son los prescritos por el ritual judío y se trata de la recitación de los Salmos 115 al 118. Los que celebraban la pascua expresaban con estos himnos su confianza en la acción salvífica de Dios a favor de su pueblo (Sal 115), su acción de gracias por las intervenciones oportunas de Dios para librar de la desgracia, la enfermedad y la guerra a quien lo invocara (Sal 116), expresaban su alabanza a Dios por su amor siempre fiel para con su pueblo (Sal 117). Y con el último salmo que recitaban, explicaban por qué Dios siempre es salvador: “*¡porque* es bueno, *porque* es eterno su amor!” (Sal 118,1.29). Estos sentimientos de confianza en Dios, acción de gracias y alabanza porque Dios es misericordioso y nos hace partícipes de su vida son los que deben acompañar toda “eucaristía”, palabra que en griego significa “acción de gracias” al Padre porque nos salvó por Jesucristo.

El amor de Dios se derrama abundantemente en su Hijo Jesús y se ofrece en la Eucaristía a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares. La Eucaristía es el sacramento de la misericordia infinita de Dios por su pueblo, pues es el sacramento que revive la entrega del Cordero de Dios para salvación y vida de todos.

## 2. Meditamos el mensaje y la vida

### • 2.1. *Con la ayuda de signos...*

Con la luz que nos dio el mensaje, volvamos a leer en silencio el texto bíblico, escuchando a Dios que nos habla... y marco el texto con: **a.** un signo de exclamación (!) cuando el mensaje de Dios interpela mi vida; **b.** un asterisco (\*) cuando percibo que esa palabra o personaje o acontecimiento me mueve a orar (pedir, dar gracias, alabar...), y **c.** una palabra al margen de mi Biblia que me indique un cambio de conducta.

### • 2.2. *Compartiendo la interpelación de la Palabra...*

Dejo que la enseñanza de Jesús me interpele para que su Palabra se cumpla en mí (ver Lc 4,21). Esa interpelación del Señor la comparto, explicando *dónde* y *por qué* puse el *signo de exclamación*.

Luego, compartamos juntos la meditación a la luz de algunas de las siguientes preguntas:

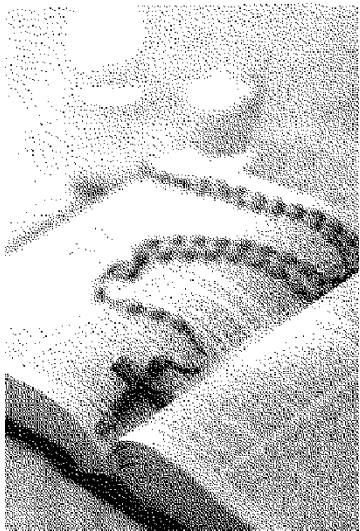
1. ¿Qué aspecto de la institución de la Eucaristía me hizo comprender la enseñanza de Jesús?
2. ¿En qué aspectos de mi vida la Eucaristía “me ha hecho nuevo”? ¿de qué me está liberando?
3. ¿Qué me facilita vivir la Eucaristía como signo evidente del amor del Padre?
4. ¿Qué tipo de compromiso crea en nosotros la participación consciente en la Eucaristía?

### 3. Oremos el mensaje y la vida

Me detengo ahora en las palabras o frases marcadas con asteriscos (\*).

Asumiendo lo meditado y teniendo en cuenta nuestra vida, la Iglesia y la sociedad con sus necesidades y esperanzas me inspiro en esas palabras o frases para pedir perdón, alabar, dar gracias a Dios...

Hacemos nuestra oración comunitaria y disfrutamos de la paz y la presencia del Señor que ahora nos envuelve.



### 4. Practicamos la Palabra

Revisemos ahora las palabras que pusimos al margen de nuestro texto bíblico para indicar acciones que el Señor nos está pidiendo. Comparamos por qué escribimos esa palabra, explicando cuál será nuestro compromiso hasta la próxima vez que nos reunamos.

Terminamos este encuentro con la Palabra del Señor con una *oración* y un *canto* y -si se estima conveniente- un momento de convivencia para compartir la mesa en familia o comunidad.